

*Maya* Angel Ganivet, a través de Pío Cid, verifica un ensayo de empresa humanitaria. El resultado, desde luego, es un fracaso. Lo único que el héroe alcanza es sembrar ese amor al esfuerzo, a un esfuerzo sin fin. Pero ni el hombre puede apagar su sed laborando por la humanidad, ni la civilización, entendida materialmente, puede conducir a los humanos a una felicidad duradera, ni esta felicidad existe.

Tal decepción es causa del abandono de la empresa. Y Pío Cid, voluntariamente, retorna a su país. Transcurren entonces tiempos de oscuridad e inercia para él. Y en el Madrid de 1890, poco más o menos, resurge ante nosotros su extraña personalidad. Es la segunda novela, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Y así como en la primera el tema capital es la posibilidad del amor al hombre, en ésta el aliento entero es la posibilidad del amor a cada uno de los hombres próximos, el amor al prójimo; en suma, la tentativa de Pío Cid de hallar el sentido de la existencia a través del ejercicio de la caridad.

Pío Cid, soltero y solitario, se aloja en una modesta casa de huéspedes del centro de Madrid. Con un precario empleo y algunos trabajos particulares va saliendo adelante, ya que es un hombre frugal en todo: ni fuma, ni bebe, ni busca diversiones triviales, ni necesita otra cosa que pluma, papel, unos cuantos libros y el silencio. Para ser más parco, apenas cruza la palabra con sus compañeros de pensión. Su orgullo y su independencia no pueden disimular, sin embargo, el vacío de su alma. Pero sus comensales, que le miran como rodeado de un halo misterioso y le tienen por hombre sabio y enérgico, incítanle a conversar y se van acercando así, poco a poco, al reservado huésped. Tanto en los diálogos de Pío Cid con sus jóvenes amigos como en las lecciones que gratuitamente y por propia iniciativa da a la criada de la pensión, pretendiendo enseñarle a leer y escribir, se advierte en seguida que el meditabundo personaje, de quien sólo se conocen sus hazañas africanas como una fábula remota e inverosímil, ha sustituido su programa de acción humanitaria por un programa de vigilia caritativa fundado en el amor y la pedagogía. Las reflexiones del *Idearium* habían revelado indudablemente a su propio autor cuál era la misión más urgente: enseñar a los españoles a leer y escribir, a trabajar intelectualmente, a ser sinceros, consecuentes y honrados.

Una noche de carnaval sus comensales instan a Pío Cid a visitar con ellos un baile de máscaras. Nuestro héroe, a quien habíamos visto en Africa acorazado de una valentía casi temeraria, confiesa ahora a sus amigos que él, él, Pío Cid, tiene miedo a las máscaras. Y ante el asombro incrédulo de sus interlocutores, Pío Cid les pregunta si no les

ha sucedido en alguna ocasión experimentar una sensación extraña al ver a una mujer vestida de máscara y cubierta por completo con un capuchón. Todos le responden que sí, y Pío Cid les aclara el porqué de esa sensación. No es que ante esa determinada mujer encubierta sospechemos una belleza desconocida y fantástica. Es que, en coyuntura tal, “recibimos directamente, su intervención de los cinco sentidos, que el vulgo admite, la sensación pura del amor”, pues así como hay la repulsión o negación del amor, así existe también “la atracción o el amor indistinto” (II, 73). Este amor puro o indistinto no se siente mirando, oyendo, tocando, oliendo, gustando, sino que se alcanza a través del sexto sentido, puerta abierta por donde nos llega el azar.

Según se ve, Ganivet o Pío Cid concibe la sensación del amor como un hecho mágico. Y no es éste el único detalle en que se manifiesta la propensión de Ganivet a dejarse penetrar de lo misterioso. Páginas antes leemos que Pío Cid, en las soledades de su cuarto, solía pasar noches enteras tendido y dormitando, pensando cosas enmarañadas “de las que salían luego —dice el autor— ideas hondas que a veces le despertaban y le hacían llorar como a un muchacho” (II, 40). Y páginas después nos enteramos de que Pío Cid ha presentido en un sueño la llegada a él de la mujer de que realmente se enamora. Estos y otros muchos elementos mágicos derramados en la obra de Ganivet, ¿son artificios patéticos, pueden incluirse en aquel afán de originalidad indicado por Ortega? Yo creo que no. Emanan de ellos un fondo angustioso de verdad irracional vivida. Lo que sí creo es que esta tendencia a abrazar lo maravilloso e invisible que rodea al hombre hubo de fortalecerse en Ganivet a través de una influencia que nadie ha señalado hasta ahora en él: la del poeta belga Mauricio Maeterlinck. Ganivet conocía ese libro extraordinario, *Le trésor des humbles*, tan caro igualmente a Unamuno, y en una de sus cartas finlandesas se refiere a él con elogio (I, 787) al comparar el espíritu de Finlandia con el alma de los niños predestinados a morir en los primeros años de la vida, según la descripción que Maeterlinck hace de estas misteriosas criaturas. El pensamiento del poeta belga en ese libro, y por lo que ahora nos importa, está concentrado en esta interrogante: “Au fond de quelle mer de mystères vivons-nous?” (4).

Pero continuemos. Pío Cid, a pesar de sus temores, accede, en fin, a asistir al baile de máscaras. Y el azar le depara un encuentro que va a ser decisivo en su existencia. En dicho baile, efectivamente, nuestro protagonista experimenta, como antes había explicado, la sensación pura del amor, y este amor, como una atracción magnética, le

---

(4) M. MAETERLINCK, *Le trésor des humbles*. 78e. éd., Paris, 1913; p. 56

lleva a entablar conversación con una joven enmascarada, a la que, horas más tarde, declara su voluntad de unirse a ella para toda la vida. Son altas horas de la noche. Por las calles del Madrid invernal —Alcalá, Peligros, Jacometrezo— caminan y dialogan Pío Cid y Martina de Gomara, la enmascarada, que ya se ha quitado el antifaz, descubriendo a su galán un rostro de rara belleza. Ambos se sienten como imantados por una inexplicable simpatía y, hablando, hablando, pierden la cuenta de las horas. Suenan las cuatro de la madrugada. Los enamorados han llegado al humilde cuarto donde Pío Cid se había edificado su torreón de soledad. El modo en que Ganivet concluye el relato de esta aventura, trascendental en la historia de Pío Cid, como de hecho lo fué en la vida sentimental de Angel Ganivet su encuentro con Amalia Roldán en las mismas condiciones descritas, tiene mucho de sugestivo y emocionante en su misma sencillez:

“... su pensamiento —escribe Ganivet— se alejaba de allí volando a tierras lejanas, donde veía sombras de mujeres que él quizá había amado, y cuyo recuerdo había venido a visitarle en forma de visión alada y a anunciarle la resurrección del amor en aquella mujer de ojos grandes y negros que la fatalidad le había puesto delante. Y él se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente a seguir un nuevo rumbo y a arrojarse en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó a llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro, sin atreverse a romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué a la puerta a ver si estaba bien cerrada; volvió junto a la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó a Pío Cid, le cogió a tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó a besarle los ojos para enjugarle las lágrimas.” (II, 97.)

Quien lea atentamente esta página, intensa y delicada, y conozca el orgullo, la entereza y la hurañía del protagonista a lo largo de su historia, se preguntará, sin duda, por qué, en ocasión tan venturosa, siente Pío Cid esa honda y desconsoladora tristeza que le obliga a llorar. Tentado se hallaría uno a explicar este enigmático desconsuelo por el choque repentino de la voluntad lúcida del hombre con esa fatalidad, con ese azar que, de golpe, puede cambiar el rumbo de una vida. Pero a mí me parece que lo que en ese momento se produce en el alma del protagonista, y por ello me he detenido a referir la escena, es la revelación de la caridad en el seno de la soledad: la resurrección del amor, que desnuda de súbito a los ojos de Pío Cid la esterilidad de su anterior aislamiento.

La soledad, tan celosamente observada por el oscuro y genial pedagogo, deja paso, tras este encuentro fortuito, a un sentimiento humano de compasión consigo mismo y con los otros, que es el principio, si no

el todo, de la verdadera caridad. La soledad es egoísmo o es egotismo; pero en el grado más vil, como en el más elevado, la soledad radica en la suficiencia del yo. Este yo sólo puede experimentar claramente su insuficiencia esencial cuando se siente vinculado a otro yo y dependiente de él. Cuanto más prolongada haya sido la permanencia en la soledad, más intensa será la resurrección del amor, y este amor, aunque llegue por la vía de la atracción erótica, no quedará en simple amor a la única persona que lo ha despertado, sino que pasará allende lo individual y promoverá una reconciliación con los otros. El solitario, egotista y soberbio Pío Cid, por esta ventana de amor que le abre la doncella enmascarada, va a sentir su pecho lleno de un viento puro de caridad.

Y, en efecto, toda la novela de *Los trabajos de Pío Cid* es el relato de una serie de empresas caritativas. “*Omnes, quantum poten, juva*” es la máxima de la virtud de la caridad. Y Pío Cid ayuda a todos los que encuentra: a la numerosa familia de su esposa, a un joven aprendiz de poeta, a una devota que no había sabido encontrar por sí sola la fuerza de su religiosa vocación, a unos labradores granadinos, a un tonto de pueblo, a una mujer caída, a un niño de quien se hace preceptor, a una dama aristocrática que desconocía la verdadera naturaleza del amor espiritual. Y entre los títulos de los seis últimos trabajos, que Ganimet no llegó a escribir, el número 10 habría sido éste: “Pío Cid funda de hecho la fraternidad humana”, rótulo significativo de la intención que guiaba al autor y protagonista.

Dos cosas son evidentes a lo largo del quehacer generoso de Pío Cid: primero, que sus obras de caridad fracasan siempre o casi siempre, y segundo, que en el alma de Pío Cid mantienen continuo y silencioso duelo el egotismo y el altruismo, la soberbia y la caridad.

Y llegamos a la última producción literaria de Angel Ganimet: *El escultor de su alma*, drama místico-alegórico dividido en tres autos: auto de la fe, auto del amor, auto de la muerte. Maeterlinck, en *Le trésor des humbles*, empezaba así un capítulo acerca de “*La vie profonde*”: “Il est bon de rappeler aux hommes que le plus humble d’entre eux’a le pouvoir de sculpter, d’après un modèle divin qu’il ne choisit pas, une grande personnalité morale, composée en parties égales et de lui et de l’idéal; et que ce qui vit avec une pleine réalité, assurément c’est cela.” (5). ¿Sería ésta una sugerencia atendida por Ganimet en la ideación simbólica de su drama?

Pedro Mártir, escultor granadino y símbolo del hombre natural, está casado con Cecilia, símbolo de la fe. De esta unión nace una hija,

---

(5) M. MAETERLINCK, *op. cit.*, p. 225.